

Belleza Negra





Belleza Negra

Autobiografía de un caballo

Anna Sewell



Editorial Gente Nueva

Obra recomendada por el Programa Nacional de la Lectura,
Biblioteca Nacional José Martí.

Título de la obra original en inglés: *Black Beauty. The autobiography of a horse.*

Ediciones de base: *Black Beauty*. Cleveland, The World Publishing House, 1946.
Azabache. Buenos Aires, Acme Agency, Colección Robin Hood, 1948.

Con la colaboración para el cotejo del inglés de Rafael J. Padilla Ceballos

Edición: Norma Padilla Ceballos

Diseño: María Elena Cicard

Cubierta e ilustraciones: Bladimir González Linares

Cubierta: Armando Quintana Gutiérrez

Corrección: Wilma Estrada Asión

© Sobre la presente edición: Editorial Gente Nueva, 2002

ISBN 959-08-0509-4

Instituto Cubano del Libro, Editorial Gente Nueva, calle 2 no. 58,
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana, Cuba

Primera parte

Mi primer hogar

El primer lugar que puedo recordar bien era una larga y apacible pradera que tenía un estanque de aguas claras sobre las que se inclinaban unos árboles que daban buena sombra, y en cuya superficie se veían juncos y nenúfares. Rodeando la pradera hacia un lado y separado por un seto, se extendía un campo sembrado; al otro lado, delimitado por una valla, podíamos ver la casa de nuestro amo, que estaba al borde mismo del camino. Unos abetos bordeaban la cima de la pradera, mientras que abajo corría un arroyo, al pie de un profundo talud.

De pequeño me alimentaba de la leche de mi madre, pues no podía comer hierba. Durante el día correteaba junto a ella, y por la noche me tumbaba a su lado. Cuando hacía calor, solíamos permanecer junto al estanque, a la sombra de los árboles, y cuando hacía frío, teníamos un agradable refugio calentico cerca de los abetos.

En cuanto fui lo bastante mayor para comer hierba, mi madre salía a trabajar durante el día y volvía por las tardes.

En la pradera había otros seis jóvenes potros aparte de mí. Eran mayores que yo; algunos, ya casi del tamaño de un caballo adulto. Solía correr con ellos y me divertía en grande. Galopábamos juntos, dando vueltas y vueltas alrededor de la pradera, tan velozmente como podíamos. A veces nuestros juegos eran algo rudos, pues ellos solían morderse y darse coces mientras galopaban.

Un día en que hubo más coces que de costumbre, mi madre dio un relincho para atraerme hacia ella y me dijo:

—Me gustaría que prestaras atención a lo que voy a decirte. Los potros que viven aquí son buenos, pero como serán caballos de tiro, por supuesto que no han aprendido buenos modales. A ti te han criado bien





y eres de buena cuna; tu padre posee una buena reputación, y tu abuelo ganó dos años el trofeo en las carreras de Newmarket. Tu abuela tenía el temperamento más dócil que ningún otro caballo que yo haya conocido, y me parece que tú jamás me has visto a mí patear o morder. Espero que crezcas dócil y bueno, y que nunca aprendas malos modales. Haz tu trabajo con buena voluntad, levanta bien los cascocs cuando trotes y nunca muerdas ni des coces, ni siquiera jugando.

Jamás he olvidado los consejos de mi madre; sabía que era una vieja yegua sabia, y nuestro amo la tenía en mucha consideración. Se llamaba Duquesa, pero él solía llamarla Mascota.

Nuestro dueño era un hombre bueno y amable. Nos aseguraba una excelente alimentación, unas cuadras cómodas y empleaba palabras cariñosas; nos hablaba con la misma dulzura con la que hablaba a sus hijos pequeños. Todos lo apreciábamos y mi madre lo quería mucho. Cuando ella lo veía junto a la valla, solía relinchar de alegría y se le acercaba al trote. Él entonces solía acariciarla, y le decía:

—Hola, vieja amiga, ¿cómo está tu Negrito?

Yo era de un color negro algo apagado, por eso me llamaba Negrito. Acostumbraba darme un pedazo de pan, que me gustaba mucho, y a veces traía una zanahoria para mi madre. Todos los caballos solían ir corriendo hacia él, pero creo que éramos sus preferidos. Era siempre mi madre quien lo llevaba a la ciudad los días de mercado en un calesín.

Recuerdo también a un peón de granja, Dick, quien a veces venía a nuestro campo a coger moras del seto. Cuando había saciado su hambre, solía divertirse con los potros, como él decía, tirándonos piedras y palos para hacernos correr. No nos molestaba demasiado porque podíamos alejarnos al galope, pero a veces nos alcanzaba alguna piedra y nos hería.

Un día estaba enfrascado en esta diversión sin saber que el amo se encontraba en el campo de al lado, mirando lo que nos hacía. En un segundo saltó la valla y, tomándolo por sorpresa, agarró a Dick por el brazo y le dio una bofetada tan fuerte que lo hizo gritar de dolor. En cuanto vimos a nuestro amo, nos acercamos al trote para ver lo que ocurría.

—¡Malvado! —dijo—. ¡Malvado que maltratas a los potros! Esta no es la primera vez, ni tampoco la segunda, pero será la última. Toma, coge tu dinero y vete. Ya no te quiero más en mi granja.

Ya no volvimos a ver a Dick nunca más. Y el viejo Daniel, el hombre que se ocupaba de los caballos, era tan bueno como nuestro dueño, así que vivíamos felices.

II

La cacería

Antes de cumplir los dos años, ocurrió un acontecimiento que jamás he olvidado. Era el principio de la primavera; había caído una pequeña helada durante la noche, y una ligera neblina cubría aún los campos y las praderas. Los otros potros y yo pastábamos en la parte baja del prado cuando, a lo lejos, oímos lo que parecía el ladrido de unos perros. El mayor de los potros levantó la cabeza, aguzó el oído y dijo:

—¡Ahí está la jauría!

Inmediatamente se alejó a medio galope, seguido por todos nosotros, hacia la parte alta del prado, desde donde se divisaban varios campos al otro lado del seto. También estaban cerca mi madre y un viejo caballo de silla de nuestro amo, y parecían saber bien lo que estaba ocurriendo.

—Han encontrado una liebre —dijo mi madre—, y si vienen por aquí podremos ver la cacería.

Poco después, la jauría pasó a toda prisa por el campo de trigo que había junto a nuestro prado. En mi vida había oído un ruido como el que estos perros hacían. No se trataba de un ladrido, un aullido o un lamento, sino que emitían un ¡au, uu! ¡au, uu! a pleno pulmón. Tras ellos venía un grupo de hombres a caballo, algunos vestidos con capas verdes, al galope, lo más deprisa que podían. El viejo caballo resopló y los siguió apasionadamente con la mirada, y nosotros, los jóvenes potros, hubiéramos querido estar galopando con ellos, pero pronto se perdieron en los campos que se extendían allá abajo. Entonces parecieron detenerse; los perros habían dejado de ladrar y corrían en todas las direcciones, con los hocicos pegados al suelo.

—Han perdido el rastro —dijo el viejo caballo—. Tal vez se salve la liebre.





—¿Qué liebre? —pregunté yo.

—¡Oh, yo no sé qué liebre pueda ser! Es muy probable que sea una de las liebres de nuestras arboledas. Cualquier liebre les parecería buena a estos perros y a estos hombres, si se trata de perseguirla.

Pronto volvió a oírse otra vez el ¡au! de los perros, y de nuevo se lanzaron todos juntos, a toda velocidad, directos hacia nuestro prado, allí donde el profundo talud y el seto dominaban el arroyo.

—Ahora veremos a la liebre —dijo mi madre, y nada más pronunciar esas palabras, pasó como una flecha una liebre en dirección a la arboleda, enloquecida de miedo. Detrás venían los perros, que lanzándose contra el talud, pasaron de un salto el arroyo recorriendo el campo a la velocidad del rayo, seguidos por los cazadores. Seis u ocho hombres saltaron el arroyo con sus caballos, muy próximos a los perros. La liebre intentó atravesar el seto, pero este era muy tupido, y entonces dio media vuelta y se dirigió al camino, aunque era demasiado tarde: la jauría estaba ya sobre ella con sus salvajes ladridos. La liebre chilló, y ahí terminó todo. Enseguida, apartando a los perros a latigazos, pues pronto habrían despedazado a la liebre, se acercó uno de los cazadores, y la alzó por la pata, rota y ensangrentada. Entonces todos los señores parecieron muy satisfechos.

En cuanto a mí, estaba tan estupefacto que al principio no me percaté de lo que sucedía junto al arroyo. Pero cuando miré hacia allí, lo que vi me afligió mucho: dos buenos caballos habían sido derribados; uno se debatía en el arroyo y el otro gemía sobre la hierba. Uno de los jinetes salía del agua cubierto de barro, y el otro yacía inmóvil en el suelo.

—Se ha desnucado —dijo mi madre.

—Le está bien empleado —añadió uno de los potros.

Yo estaba de acuerdo con él, pero mi madre no.

—Bueno, no —apuntó ella—. ¡No deben decir eso! Aunque soy una vieja yegua, y he visto y oído muchas cosas, nunca he comprendido por qué a los hombres les gusta tanto este deporte. A menudo resultan heridos; otras, arruinan buenos caballos y destrozan los campos; y todo ello por una liebre, un zorro o un ciervo que podrían atrapar mucho más fácilmente de cualquier otra forma. Pero nosotros sólo somos caballos, y no sabemos de eso.

Mientras mi madre decía esto, seguíamos observando lo que acontecía. Muchos de los jinetes habían acudido junto al joven; pero mi amo, que había estado observando lo que ocurría, fue el primero en levantarlo del suelo. Su cabeza cayó hacia atrás y sus brazos colgaron inertes, y todos los allí reunidos tenían una expresión grave. Ya

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

